

# Libros

## Artes Visuales

### Letrillas

#### La vuelta de los días

### Libros

#### Canciones y otros poemas

de Carlos Germán Belli

por Jaime G. Velázquez

Premiá, México, 1982, 52 pp.

Son varias las audacias que vuelven atractiva la poesía de Carlos Germán Belli: el creer en un mundo de artificios y habitarlo; el extraer de la tierra las antiguas piedras de aquellas torres desde donde el hombre se midió con lo inalcanzable; el tratar de erigir de nuevo ese observatorio que permitiría alargar los ecos de una poética cuya historia parecía haberse detenido en el neoclasicismo. Audacia el renunciar a una identidad extrema, *nueva*, formada por los giros de una tradición que cuando huye de sí misma, vuelve para reencontrarse, más adelante, meditando consigo acerca de sus similitudes.

Belli sujeta sus poemas a ruinosas y encantadoras paredes; sabe que los secretos que dan pie a sus cantos permanecen resonando en las Academias, privilegio de eruditos. Pero esta última certeza le confiere su primer valor: es legítima su poesía, a pesar de que es una imitación de formas de otras épocas. Valdría decir, de todas las épocas: Más que de una exhumación, se trata de concordancias, de armonías; no de supervivencias sino de algo que sólo puede ocurrir en el arte: la palpable convivencia de tiem-

pos distintos —el pasado es el presente—, por encima del tiempo político —el presente absoluto, que intenta borrar el pasado cuando promete un futuro mejor—. Para Belli ocupar "la cima de la edad" (a los cincuenta años) significa estar "donde al unisono se escucha / o a la par se contempla / lo ido ayer y lo por venir mañana, / como un solo sonido o haz de luz".

"Petarca sentía lo histórico, volvía la mirada hacia los mundos lejanos, anhelaba toda lontananza —fue el primero que emprendió la ascensión a una montaña alpina—; en rigor, fue un extranjero en su tiempo". Esta figura que Spengler evoca como ejemplo de una actitud cultural de Occidente, inédita en la Antigüedad, la figura de un coleccionista de manuscritos, monedas y otros remotos objetos, es el modelo que sigue Belli en *Canciones y otros poemas*. Es la misma mirada y el mismo anhelo. Belli colecciona viejas piedras y nubes, viejas palabras y esferas donde la poesía puede volver a ser canto, con nostalgia de Provenza. El habita un páramo tan reducido como es la idea de esfera: un sólido limitado por una superficie —la totalidad de sus puntos son equidistantes de un punto interior—.

En el viejo libro de geometría de Wentworth y Smith, en el que estudiaron mis abuelos, se lee una curiosa aclaración: "La superficie se llama superficie esférica y a veces *esfera* también". La parte y el todo. El poeta ve sus imágenes desde la superficie (esférica corteza): anhela ver todo desde la bóveda celeste, otro límite, destino. ¿No son la tierra y el cielo la superficie que limita por dentro la esfera del deseo? Lo de afuera, el espacio externo, es algo ajeno, inalcanzable; en cambio, arriba y abajo son puntos engañosamente cercanos, aparentemente no equidistantes: en la parte transparente de la esfera, entre

el cielo y la tierra, es posible el espejismo. El deseo puede salir de su cárcel corporal y volar, alma, entendimiento, ciencia; puede ser un topo que hurga en "los cimientos del orbe" (*orbis*: círculo, disco, rueda). El deseo puede inventar un árbol y describirlo, asignarle virtudes: "arbolado craneo" (una imagen: "tallo del saber erecto penetrando la carne de la vida"); tener, cerca la ciencia, saber qué es un triángulo equilátero, el espíritu escapando por el falo. Incluso, Belli convierte las alas en tentáculos que repiten el mundo del aire en el seno acuático.

Al final, el tiempo ha pasado dentro de un círculo cerrado; una certeza queda: vida o bienes se desvanecen "en la más pura nada", junto con el deseo. Escapan. Lo inalcanzable, el amor, la ninfa, quizá pertenecen a otra esfera codiciada.

En la Egloga III, Garcilaso, el más ilustre descendiente de Petarca, cantó estas cosas que ahora nos recuerda Belli:

... una ninfa, del agua, do  
moraba,  
la cabeza sacó y, el prado ameno  
vido de flores y de sombra  
lleno. . .

En este paisaje descrito por Garcilaso hay, por ejemplo, cerca del Tajo, sauces y una hiedra "que por el tronco va hasta el altura". El paisaje de Belli, peruano, tiene "olmo y yedra unidos". En las *Canciones*, Garcilaso siente la lejanía de esas otras esferas donde puede estar escondida la ninfa: regiones desiertas, hirvientes o heladas, "allá os iría a buscar, como perdido, / hasta morir a vuestros pies tendido", escribía Garcilaso, y este lugar, opuesto a *allá* de suma crudeza que crea la soberbia de la ninfa, es el refugio del poeta, una suerte de paraíso al que ella podría asomarse:

Mirá bien que el amor se  
desagrada  
deso (de la soberbia), pues  
quiere que el amante viva  
y se convierta a do piense  
salvarse.

En el transcurrir "entre la cuna y a tumba" de Belli hay un trastocamiento; el lugar origina un temor esencial: el crudo alrededor (que a su dama le causa indiferencia, a él lo hace ponerse a la defensiva, contra "aquel gusano vil que a la redonda / los pertinentes órganos afina / para engullirse todo"), es una esfera ajena y atroz, presentida, que amenaza el sueño del Edén; es el lugar en el que a veces está preso: cuando la oscura casa es convertida por ella en un luminoso invernadero, él queda en la sombra y ella reina el mundo:

... y todo lo que a la intemperie  
yace  
más allá de tu imperio soberano,  
es de la vida deshonor inmenso,  
y ruines cosas cuán repudiadas,  
porque tus bellos ojos  
hacia allí no dirigen sus  
miradas. . .

Es entonces cuando el poeta abjura del saber: "He aquí que nada sabe y yace inerte", escribe Belli (Petrarca: "Chiare fresche e dolci acque / ove le belle membra / pose colui che sola a me par donna"; Garcilaso: "La soledad siguiendo, / rendido a mi fortuna, / me voy por los caminos que se ofrecen").

Ezra Pound se adelantó unos años a Spengler confirmando la citada actitud occidental respecto al pasado. Para Pound, "tradición no significa ataduras que nos ligan al pasado: es algo bello que nosotros conservamos". Yo creo que Carlos German Belli ayuda a confirmar la relativa autonomía del arte en la historia del hombre. Si durante el reinado de Felipe II las imitaciones españolas de Petrarca van disminuyendo y la creación propia aumenta, la voz del italiano persiste hasta el siglo XIX.

Algunos críticos han visto a Belli como a un tratadista literario de la sociología; otros lo han juzgado metafísico y creador de símbolos. Mario Vargas Llosa reconoció en él una voz profunda y subversiva.

De Belli puede encontrarse en México otro libro: *En alabanza del bolo*

*alimenticio* (1979). Sus otros libros son inevitablemente inconseguibles: *El pie sobre el cuello*, de 1967, que recoge cuatro libros, de 1958 a 1964, y *Sextinas y otros poemas*, de 1970.

## Cuentos para adultos niños y retrasados mentales

de Lydia Cabrera

por Juana Rosa Pita

Colectión del Chichereku en el exilio,  
Miami, 1983

Saber que en algún lugar se encuentra "la casa de las horas perdidas", adonde irremediablemente van a morir quienes no supieron encontrar su vida, por miedo a perderla. Saber que los diablos no son tan malos como sus descendientes humanoides no confesos. Saber que el verdadero presente ocurre fuera del tiempo, aunque todos los ogros se empeñen en borrarlo. Todo esto y mucho más saben los personajes y los narradores (humanos y animales) de la obra más reciente de Lydia Cabrera: cuarto tomo de sus cuentos originales, que aparece a casi medio siglo de la publicación en París de *Cuentos negros de Cuba* (1936).

He aquí la fuente de "lo real maravilloso", tan llevado y traído después: la fresca original del costumbrismo mágico antillano, que más que un ambiente de época nos ofrece un clima terrenal y moral. Amantes invulnerables como Sense y Nife, sabios tropicales como "El hombre de los Tres Moños", héroes de criollo prodigio como Manpurias. El libro comienza con la fábula ejemplar "Y así fue" — testimonio de un ratón que mediante rápido exilio se salvó de la encerrona de los gatos — y abunda en relatos de mil y una magia como "Se va por el río". Tampoco falta un ejemplar del género colonial picaresco — "Por falta de espacio" — en este raro mosaico de prosa vivaz y trotamundos.

En esta tercera circunvalación de los orígenes de la escritura, después de trascender dialécticamente los escandilamientos del Ego y los cantos

de sirena del cosmosmujer, el poeta-nuevo Ulises y anti-Narciso —, engendrándose por la escritura, nace a una experiencia de la muerte sin intermedios, e. d. al encuentro inexcusable de su contingencia. Este encuentro toma la forma de una triple ascensión: la del propio rostro (el del Padre) cuyo "yo es nadie", la de su pasado, rememorado por la superposición de escrituras que estratifican los objetos nativos. De modo que si el objeto habla, si evoca los ancestros del poeta, que los interpelan, devienen todos términos de un mismo discurso al que se accede por la escritura o por la lectura: "Hilda / honda que soñó este sueño, hiló / hilandera en el torrente, ató / ese uno que nos une a todos en el agua / de los nacidos y por desnacer," (182). Finalmente, el cumplimiento de este itinerario transforma la función de desconocimiento (o de conocimiento por exceso) que la mujer y los espejos desempeñaban en las dos primeras partes del libro: encarnación de plenitud mortífera la una y símbolos de la autotrampa los segundos. Ahora, en la tercera, la mujer y el espejo se transforman en los ayudantes del poeta, sea para la lectura del mundo, para su transformación mediante la escritura o para el destino en común que la mujer y el hombre compartirán a cada lado del espejo, del mito y de la muerte.

Memorialista de la intrahistoria de su pueblo, etnóloga activa que ha salvado mitos, palabras y creencias de origen africano en tantas obras, Lydia Cabrera ha seguido con tesón admirable echando en su bolsa de exilio cuentos que le contaron hombres y libros, o que ella misma le leyó a las cosas al trasluz de los sueños. Fabulaciones blancas al modo lucumi: perfecta simbiosis del estudioso y su materia. El exiliado siente la necesidad de convertir su memoria en piedra: "Las piedras recuerdan pero no sufren".

Hay en estas páginas todo un arsenal mágico al servicio de los niños y de los que aman: la cuchara errante del rey, la llave del amor, la multiplicación de un grano de maíz, letras que cobran voz para quien no sabe leer y merece su mensaje. Nunca pensé que el infante don Juan Manuel fuera a invadir los predios resueltamente fantásticos de Perrault. Pero esto es perfectamente posible en la narrativa lydiiana. Qué refrescante nos